

Edward Bunker
Huida del corredor de la muerte

Edición de Nat Sobel
Traducción de Zulema Couso



sajalín editores

Entra en la Casa de Drácula

Vinieron a buscarme pasada la medianoche del décimo día tras la sentencia. Escuché el repiqueteo de las cadenas al final de mi planta y aparecieron tres agentes. Un cuarto permaneció al final del pasillo para activar la palanca que abriría la puerta de la celda. Cuando llegaron a la celda, yo ya los estaba esperando con una caja de zapatos bajo el brazo que contenía mis escasas pertenencias.

Todavía no había amanecido cuando los dos vehículos salieron de la zona de carga trasera. Allí era donde descansaban los autobuses, camiones y cubos de la basura, así que el hedor era insoportable. Yo iba en la parte trasera de un furgón blanco y negro separado por una pantalla. Dos agentes de uniforme iban en la parte delantera. Siguieron al sedán a través de las calles justo antes del amanecer hasta la entrada de la autopista. El tráfico se iba haciendo más denso a medida que los enormes camiones Mack y Kenilworth se echaban a la carretera en dirección norte. Llegarían a Sacramento a mediodía. Cuando el sol no era más que una tenue línea naranja en el horizonte, salimos de Bakersfield y pasamos por los infinitos campos verdes de algodón y fresas llenos de trabajadores mexicanos agachados para recoger los frutos de los arbustos. Bajo el sol abrasador, aquel era

un trabajo terrible y matador. Prefería estar en una celda que recogiendo algodón como un esclavo negro, aunque esa preferencia no incluía el destino al que me conducían. Era perezoso, no estaba loco.

A pesar de los grilletes que se me clavaban en los tobillos y las esposas que me dejaban marcas en las muñecas, y a pesar de que el destino que me esperaba hacía acto de presencia una y otra vez en mis pensamientos, el viaje no fue del todo deprimente. Habían pasado casi nueve meses desde que había visto el mundo libre por última vez. La carretera estaba bordeada de pequeños puestos que vendían cualquier cosa que se produjera cerca, sobre todo nueces, fresas y melones. Para la mayoría de personas, la visión de aquella carretera habría resultado desmoralizadora, pero era mejor que mirar fijamente a la pared de una celda, o que obsesionarse con lo que fuera que tuviera en la cabeza en un determinado momento.

Cuando pasábamos por paradas de camioneros o por pequeñas comunidades, un coche patrulla local o de la policía de tráfico nos estaba esperando y nos escoltaba durante unos kilómetros. Los agentes que me acompañaban no tenían nada en común con Lewis Carroll ya que, aunque hablaban de muchas cosas, ninguna de ellas eran barcos, lacres o repollos, y reyes. Consideraban un comentario intelectual de lo más convincente decir que todos los liberales eran antiamericanos. Uno hizo el comentario, y el otro mostró su acuerdo con un enérgico movimiento afirmativo de la cabeza.

Era media mañana cuando cruzamos Oakland y el puente Richmond-San Rafael y pudimos ver las paredes color mierda de la prisión estatal californiana de San Quintín.

—Ahí está, Cameron —dijo el conductor—. Tu último hogar.

—Uuuh... La Casa de Drácula.

Siguiendo al sedán, salimos de la autopista hasta una señal de stop, y después continuamos por un paso subterráneo hasta la carretera de San Quintín. A la derecha, había viejas casas de madera en una ladera que daba a la bahía y, al otro lado, las bajas y verdes colinas de Richmond. La verja exterior se encontraba a casi un kilómetro de los muros. Un recluso negro, viejo y probablemente condenado a cadena perpetua, permanecía junto a la verja a la espera de una señal lanzada desde la caseta de la entrada; un guardia apostado en lo alto de una torre de vigilancia a unos cinco metros del mar nos observaba. De la caseta salió una mujer que parecía un camionero, y que probablemente era lesbiana, y se acercó al sedán para examinar los papeles. Hizo una señal con la mano y la puerta se abrió. El coche prosiguió la marcha y, al llegar a la prisión, se detuvo junto al postigo este y esperamos quince minutos hasta que apareció el teniente de turno. ¡Campbell! Un cabrón hijo de puta como ninguno. Aquella era la primera vez que se lo veía en algún lugar que no fuera detrás de la mesa de su despacho, donde se sentía seguro. En su oficina había presos trabajando, pero él nunca había pisado el patio o había estado solo en un bloque de celdas con los hombres numerados. Y a mí me odiaba y temía incluso más que al resto. Tiempo atrás leyó en mi expediente que había atacado a un guardián en el reformatorio, a un consejero en el correccional y a un agente en la prisión de menores. Él era el teniente de turno, el hombre que manejaba las cosas. Por encima de él estaban los que tomaban las decisiones, y ellos no se manchaban las manos. Él tenía la responsabilidad de llevar a cabo las vistas disciplinarias. La primera vez, me llevaron ante él acusado de alterar el recuento y de insultar a un guardia. La realidad (que no

importa en este mundo) es que los muelles de mi cama se habían roto y se me estaban clavando en la espalda, así que tiré el colchón al suelo junto a la puerta. La celda tenía poco más de un metro de ancho. Tumbado junto al camastro, ¿cómo podían no verme? Me encontraron en el tercer recuento, cuando van celda por celda con un cuaderno, y me maldijeron por causar problemas. Le dije al guardia que no quería escuchar los discursos de Cicerón y él escribió que lo había llamado cabrón. Así que me presenté ante Campbell con esos cargos. Pensaba que era una situación graciosa y que como mucho me costaría la pérdida de mis privilegios durante treinta días. Pero Campbell se encendió y parecía estar a punto de echar espuma por la boca, me interrumpió y ordenó que me metieran en el agujero.

La cabeza se me encendió. Arquee la espalda, cogí la parte de abajo de la mesa de Campbell y, ups, la volqué; los cajones se cayeron y los papeles salieron volando. Los guardias que permanecen allí como refuerzo durante las vistas disciplinarias enseguida se lanzaron sobre mí para sujetarme por el cuello y tirarme al suelo bocarriba. Tenía diecinueve años y pesaba setenta kilos.

Campbell no sufrió daño alguno pero gritaba como un despedido. Por supuesto, el caso se presentó ante el comité y, aunque el ayudante del alcaide vio lo gracioso del incidente, tenía que apoyar al teniente y me condenó al castigo máximo de veintinueve días en el agujero y a un encierro indefinido en régimen de aislamiento, que es diferente. Allí puedes tener unas mínimas comodidades.

Cumplí un año en régimen de aislamiento. Campbell quería que me juzgaran fuera de la cárcel. Ahora me recibía en mi viaje al corredor de los condenados fuera de su oficina, acompañado por cuatro agentes y un puñado de funcionarios de prisiones.

¡Mierda! ¡Dos veces mierda!

Se fue directo al agente al mando del convoy, que le pasó los papeles con la sentencia sellada y las órdenes correspondientes y sacó un sujetapapeles con un documento de recepción para que Campbell lo firmara.

Ahora le pertenecía. Estaba encadenado, no podía hacer nada para defenderme excepto escupirle, cosa que hubiera hecho por inútil que resultara.

Pero, qué maravilla, no me dirigió la mirada ni una vez. Se dio la vuelta hacia el postigo con los papeles en la mano.

—Bien, meted a este gilipollas.

Con esas palabras dio la orden y desapareció. Ahora todo se pondría en marcha como una maquinaria silenciosa.

Me sujetaron en volandas porque el escalón era demasiado alto para que pudiera bajarlo con las cadenas. Tenía que avanzar de puntillas, a pasos cortos, como una mujer china con los pies atados. Si caminaba de cualquier otra forma los grilletes de acero chocarían con mis tobillos a cada paso.

Me empujaron a través de la puerta. Más adelante había otra puerta con goznes de acero antiguos. Más allá, se extendía un túnel de seis metros con un techo alto y arqueado y bancos atornillados a lo largo de cada pared. Cerca del final había dos puertas de acero macizo, una a cada lado. Por una se accedía a la sala de visitas, y por la otra, a ingresos y salidas. Junto a la puerta de ingresos y salidas había un urinario y un minúsculo lavamanos. Todo el que entraba o salía de San Quintín lo hacía por el postigo este. En aquel momento, yo era el único presidiario dentro del túnel, aunque todos los presos que trabajaban fuera de los muros entraban y salían por aquel túnel.

—Esperad —dijo un guardia y extendió el brazo ante mí.

El sargento abrió la puerta de ingresos y salidas y metió la cabeza. Un momento después, la sacó y nos hizo un gesto.

—Siéntate, Cameron —dijo.

—Hay tres cambiándose ahí dentro —dijo el otro escolta—. Ya casi están.

Así que me senté a esperar y pensé en otra época. Hacía años, un revolucionario negro llamado George Jackson, *cause célèbre* entre la extrema izquierda y los jóvenes negros, pasó por San Quintín. Siempre tenía muchas visitas y lo rodeaban muchos rumores. Esperaba juicio por el supuesto asesinato de un guardia. Cuando lo devolvieron al centro de readaptación, sacó un arma que provocó el caos y, cuando todo terminó, dos guardias, dos presos y George habían muerto. Después llegaron las protestas de los medios: «¿Cómo había conseguido el arma?».

Debieron dársela durante una visita pero, ¿cómo la había metido en el centro de readaptación? Lo cachearon al salir de la sala de visitas y estuvo bajo la vigilancia de los guardias hasta que los escoltas fueron a buscarlo. Se sentó donde estaba sentado yo ahora, en el banco. La teoría más extendida, por fantástica que sonara, era que llevaba la pistola escondida en el peinado afro, de moda en aquella época.

No lo creo.

Se dice que ese mismo día, unas horas antes, un preso negro que trabajaba en el bar del personal pasó por allí y se paró a mear. Llevaba la pistola envuelta en un pañuelo y la encajó debajo del lavabo. Después, siguió con su trabajo.

Cuando George salió de la sala de visitas, un guardia viejo, de pelo canoso, le dijo que se sentara mientras llamaban a sus escoltas por teléfono. George se sentó y después hizo un gesto indicando que tenía que mear. El viejo guardia estaba a metro

y medio del urinario; veía la cabeza de George y sus piernas por debajo, desde las rodillas hasta los pies, pero no le veía las manos ni el tronco. George se colocó el pañuelo y su contenido en la cintura.

Cuando llegaron los escoltas, George estaba sentado en el banco y el viejo guardia les dijo que ya lo había cacheado.

Así que le hicieron un gesto para que los siguiera y lo acompañaron durante los más de cuarenta metros a través de la plaza hasta el centro de readaptación.

Pasados todos esos años, nadie ha descubierto todavía cómo consiguió el arma. Ojalá supiera la verdad.

La puerta de ingresos y salidas se abrió y aparecieron tres presos que acababan de recibir la condicional. Todos vestían pantalones chinos color caqui, camiseta y cazadora. Cada cazadora era de un color distinto. Yo había estado en la celda de al lado de uno de ellos. Me miró y giró la cara al pasar a mi lado. Tenía miedo de hablar conmigo. No dije nada y los observé salir por el postigo hacia la luz de la libertad.

Salí por el otro extremo del postigo y entré en San Quintín. Más allá de la puerta se extendía una plaza bastante grande. A un lado estaban las capillas, católica y protestante, y, al otro, el centro de readaptación, un edificio de tres plantas más moderno que albergaba a los más problemáticos en las dos plantas de abajo, y el corredor de la muerte número dos en la tercera. Un puñado de presos pasaba el rato junto al estanque que había frente a las capillas. A uno o dos los conocía de vista, pero no sabía cómo se llamaban.

Me llevaron más allá de la barraca de techo semicircular donde se encontraba la biblioteca, frente al edificio de formación.

Un guardia caminaba y movía las manos para alejar al resto de presos mientras decía «cadáver andante». Un segundo guardia me seguía y, en una pasarela a lo largo del bloque de celdas norte, un hombre armado nos vigilaba. Más adelante nos esperaba el arco de la puerta del patio grande, y encima había otro hombre armado.

El patio grande estaba rodeado por tres bloques de celdas, el comedor y la cocina. Los altos bloques de celdas no dejaban pasar nada excepto un mínimo rayo de luz. Aparte de algunos miembros del equipo de limpieza, en el patio grande no había ningún otro preso.

La entrada al corredor de la muerte número uno se alcanzaba a través de la rotonda del bloque de celdas norte. Una puerta de acero abierta a la izquierda permitía la entrada. Otra puerta de acero, cerrada a cal y canto, estaba justo enfrente. Más allá de esa puerta había un ascensor y la escalera al corredor de la muerte. Una puerta junto al ascensor daba a las «celdas de la última noche», donde trasladaban a los condenados a muerte la noche anterior a su ejecución.

Uno de los escoltas pulsó el botón del ascensor. Mientras subíamos, sonó una campana para anunciar nuestra llegada. Al llegar al final, un par de ojos nos observaron a través de una ventanilla. Segundos después, una llave giró y se abrió la puerta.

Tres guardias esperaban dentro. Dos eran jóvenes, uno de ellos un completo novato que aún llevaba pantalones chinos en vez de los típicos pantalones de sarga. El tercero era el sargento Blair y su presencia me sorprendió.

—¿Qué pasa, sargento? ¿Qué hace aquí arriba?

—Solo serán un par de días. Estoy cubriendo unas vacaciones. Siento verte por aquí, Troy. Nunca lo habría pensado.

—Hay cosas que se le escapan a uno, sargento.

El escolta del sargento le dio a Blair los papeles y esperó mientras este se inclinaba sobre la mesa improvisada para firmarlos. Pude observar la pasarela frente a las celdas. Quizá una decena de hombres estaban fuera haciendo algo de ejercicio. Al fondo había una manta extendida sobre el suelo pulido de cemento a modo de mesa para jugar a las cartas. Cuatro hombres estaban sentados con las piernas cruzadas y jugaban mientras dos más sacaban la cabeza para seguir la partida. Cerca de la parte delantera había un saco de boxeo pesado y el único hombre que me resultaba conocido lo estaba golpeando con los puños enguantados. Era musculoso y bien parecido, de piel sedosa y del color del ébano. El saco saltó cuando le clavó el puño. Creo que padecía un cierto retraso, o quizá fuera simplemente medio analfabeto. Alguien lo había llevado de Compton a Santa Mónica para robar a un chico blanco que trapicheaba con cocaína y marihuana. Richards, así se llamaba, disparó al muchacho entre las cejas casi de inmediato. En la cárcel, él me admiraba y a mí me daba lástima.

—Muy bien, despejad la pasarela ahí dentro —gritó un guardia.

—No se ha acabado el tiempo de ejercicio.

—Ha llegado uno, así que volved a la madriguera.

Los presos entraron en sus celdas y el guardia bajó la barra de seguridad; después pasó a cerrar celda por celda con llave. Podía hacerlo sin perder el paso. Cuando terminó, hizo un gesto y la barra de seguridad subió.

—Vamos, Cameron —dijo el sargento Blair.

Con el sargento a mi lado, atravesamos la puerta hacia la pasarela. Me di cuenta de que, al otro lado de los barrotes y la tela

metálica que había a un lado, caminaba un guardia armado con pistola y gas lacrimógeno. El guardia con la llave abrió la puerta de una celda y se quedó esperándome. Mi lugar estaba a tres celdas de los barrotes de la puerta del fondo, tras la cual había diez celdas más. El muro que separaba a todas del exterior tenía un metro de grosor. Cada una tenía una puerta de roble macizo con una pequeña mirilla. Con la puerta cerrada, cualquiera que quisiera gritar podía hacerlo hasta que la laringitis lo silenciara.

Alguien en una celda silenciosa había notado nuestra presencia. La puerta de su celda empezó a vibrar y se oyó una voz amortiguada que se colaba entre las ranuras.

—¡Sargento! Joder, sargento, déjeme hablar con usted.

—Mierda... —murmuró Blair mientras negaba con la cabeza y metía la llave en la cerradura.

Clonc, la llave giró, la cerradura se cerró y me quedé encerrado de forma muy segura en mi jaula del corredor de la muerte. Tres metros y medio por uno veinte. Al fondo había una cosa metálica clavada en la pared: un lavabo con un grifo que se vaciaba directamente en el retrete, situado justo debajo. La arquitectura carcelaria más ingeniosa. En la pared del fondo, a metro y medio de altura, había dos repisas de metal para los objetos personales.

A lo largo de una de las paredes laterales había un camastro combado con su colchón a rayas azules y blancas. Fui a mear y vi las capas de mierda encima del agua del váter. Tiré de la cadena antes de poder desahogarme. Tendría que fregarlo con lejía y un trapo. Pulsé el botón del lavabo. Funcionaba. El agua fría fluyó y segundos después corrió hasta el váter. Le di al botón bajo los tubos fluorescentes pegados a la pared. La luz parpadeó, chisporroteó y finalmente se encendió.

Cuando hube terminado, di vueltas como un perro y acabé tumbándome en el catre. Ahí estaba, en el que sería mi hogar durante al menos unos años, o quizá muchos. Todo se reducía a aquella pequeña celda, la pasarela de fuera y cualquier lugar al que mi mente pudiera viajar en tiempo y espacio.

—Oye, el de al lado —me dijo una voz a mi derecha. Solo había tres celdas más.

Tras una debida reflexión, respondí.

—¿Soy yo el de al lado?

—Sí, acabas de llegar. ¿Te han trasladado del centro de adaptación o de alguna cárcel del condado?

—De una cárcel.

—¿De dónde?

—Bakersfield.

—Ya, ya. Eres el tío que frió a dos polis, ¿no?

Por la voz y la elección de las palabras, pensé que era negro, pero cuando lo vi comprobé que era blanco, aunque sin duda había crecido entre negros, al igual que yo había crecido entre chicanos.

Sin embargo, en aquel momento me molestó aquel tono de familiaridad. Solo porque estuviéramos en celdas contiguas en el corredor de la muerte no significaba que fuéramos colegas. Podía haber abusado de menores, ser un pederasta, un viejo verde, o incluso un chivato. No hablaba con cualquiera solo por estar como yo en la cárcel.

—Eso es lo que dicen que hice —fue lo que respondí al final.

Notó mi indiferencia y no intentó seguir con la conversación. Me puse a hacerme la cama. Había llegado a mi última morada. Había entrado en la Casa de Drácula. Sería una muerte larga y lenta.